

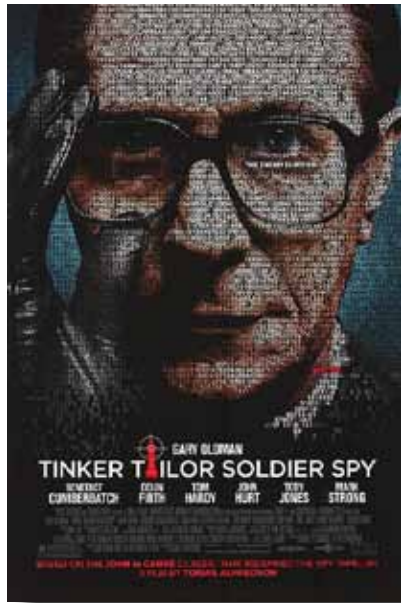
# Máquinas imaginarias

Brenda Ríos

LOS MONSTRUOS NO APARECEN EN LA OSCURIDAD, bajo la cama, pero pagamos por ir a verlos. Los monstruos comunistas, ahora iraquíes. Los monstruos del terrorismo, los monstruos que interfieren con un tipo de tranquilidad social. El equilibrio —que nunca se da por seguro— está en riesgo. El equilibrio financiero, de seguridad nacional, emocional incluso, y de pronto algo interfiere. El cine es obvio y por eso es fundamental su poder como maquineta ideológica: una idea simple cae en terreno simple. La premisa es arriesgada: hombre persigue hombre, hombres persiguen hombre; mujer persigue hombre; hombre persigue mujer: la consigue, se atrapan, fin de la historia.

Henry Selick hace de *Coraline* (2009, basada en la novela de Neil Geiman) una película fenomenal. Es infantil pero no. Ahí el acierto. Como un desplegado de Stephen King: los monstruos están en nosotros. Lo que pasa es que no los vemos porque no solemos vernos. Coraline es hija de unos padres tan ocupados que no tiene más remedio que jugar sola. Su fantasía mayor es convivir con sus padres; en la historia aparece una bruja que fabrica muñecas que “escuchan” los sueños más escondidos de los niños y simulan la construcción de ese sueño. Así, Coraline puede vivir la “virtualidad” de su familia ideal: una madre que cocina y vive pendiente de ella, un padre amoroso; pero, como en el *Fausto*,





*Tinker, Tailor, Soldier, Spy*  
Dirección de Tomas Alfredson  
Francia, Gran Bretaña, Alemania  
127 minutos.

hay un precio. Cuando Coraline le entregue su alma a la bruja sus ojos se convertirán en botones. Entonces es ella la heroína que resiste la tentación de su “vida familiar ideal” y acepta la vida real para ser libre.

Selick nos trae un conflicto que no esperamos nuevo; sin embargo, la atmósfera *dark* le da un tono siniestro al filme, quizá condicionado también por el mundo infantil. Y como tantos otros, el tema de la infancia es aprovechado para contar cosas de los adultos.

Por extrañas razones pensé en *Coraline* cuando vi *El espía que sabía demasiado* (*Tinker, Tailor, Soldier, Spy*, 2011) de Tomas Alfredson, con unas magníficas actuaciones de Gary Oldman y Colin Firth. Pese a ello, es una película especializada en ampliar la distancia entre creador y espectador; desde lejos vemos nuestra inteligencia; no somos los precoces lectores que conocen de antemano el posible delator/culpable; toda la película —gris, lluviosa—, mientras explota el cliché del investigador más brillante en gabardina, sitúa la paranoia como personaje ausente y vital; los hombres del *Circus* —servicio de inteligencia británico— tienen un espía doble. La trama es complicada pues involucra el antiguo y bien definido enemigo de Occidente y el otro lado de la moneda: el imperio que reposa sobre los hombros de la Guerra Fría: Estados Unidos. Pensé

en *Coraline* por estas razones: el tono *dark* del filme, el íntimo secreto de cada uno convertido en una fantasía/escape y, claro está, la atmósfera de claustrofobia-paranoia que encierran al espectador en un paisaje urbano devastador.

Si uno se halla particularmente cansado, con problemas de concentración o falta de vitaminas, no es conveniente ver *El espía que sabía demasiado*, a menos, claro, que se desee acrecentar los problemas de autoestima: uno sale convencido de lo tonto que es. Algunos comentarios escuchados al azar ayudarán a entender lo anterior: “no entendí...”, “entonces fue él todo el tiempo pero...”. Curioso, no sé de gente que se haya salido de algunas de las películas de James Bond; de ésta, me tocó ver a varios encaminarse en la oscuridad fuera de la sala antes del fin. Sería la atmósfera de asfixia, las tomas grises a medio camino entre la medianoche y la tarde inglesa sin brillo; la conciencia de que no fue uno a entretenerse sino a enredarse; las actuaciones no logran todo lo que podría hacer el filme: no logran llenar lo demás. La trama tiene tantos nudos que uno se cansa. De pronto nos perdemos en nuestro lugar a oscuras, y todo lo que debe tomar sentido se enreda de tal modo que preferimos desistir de la madeja mental y preguntarnos qué fue primero y qué después. Es decir,



que el trabajo del espectador fue inútil. Si uno pensó no sirvió lo que haya pensado.

¿Cuál es el mayor logro del género negro? Muchas veces, con Agatha Christie por ejemplo, es que el lector se sienta inteligente, he ahí el secreto de ventas. No vayamos lejos: al lector-partícipe se le hace creer que tiene crédito sólo por leer, es decir, por participar sin hacer nada, ya está. Porque se le dan pistas como pedazos de galletas y el lector las sigue, elabora su mapa especulativo, forma parte de la historia y cuando todo se aclara (bendito Dios) el lector-cómplice sabe de dónde venía el crimen, sabe y justifica —a veces— las acciones del criminal. *El espía que sabía demasiado* nos apunta hacia un lado y otro; finalmente tenemos nada más y nada menos cinco posibles vías y todos son culpables. No tuvimos tiempo de elucidar, son demasiados datos y no todos intervienen en el desarrollo de los acontecimientos. Este espía sabía tanto que el espectador deja de esforzarse, y se rinde al final en una mezcla de desinterés y derrota.

Por último los tantos cables funcionan como medida de tropiezos narrativos. Es precisamente ahí cuando nos damos cuenta que la historia no importa, ni la Guerra Fría, ni los comunistas que compran dobles agentes para ver cómo opera la seguridad de los imperios acogidos en democracias —pero que instauran la tortura en la oscuridad de las salas de interrogatorios (como el clima, la ropa y el humor de los protagonistas)—. Y sí la constancia de que algo ocurre y no somos capaces de seguirlo a la misma velocidad o eficacia: los entredichos y los sobrentendidos de la historia.



Un asunto de clase y puritanismo, es decir, la moral de encontrar al culpable y que, en el acto mismo, Occidente se sienta a salvo. *Uff no entendí cómo pero otra vez nos salvaron de los bárbaros...*

El cine es ante todo una industria del entretenimiento. Hoy en día lo concebimos como un tema que involucra dos cosas: capital y estrellatos. En algunas ocasiones, cabe decir, es mejor sentirse el tonto de siempre que el tonto por excelencia ante la complejidad de las intrigas políticas que no se nos revelan ni remotamente.

Antes, el conocimiento estaba en manos de pocos. Gracias a la televisión y el cine hemos sido creados a semejanza de un personaje del mínimo esfuerzo y he aquí que no todas las películas abusan de eso; sin embargo, una película que rebasa por tanto la inteligencia común y no logra ponernos a su altura es también un atentado contra sí misma. **▲▲**